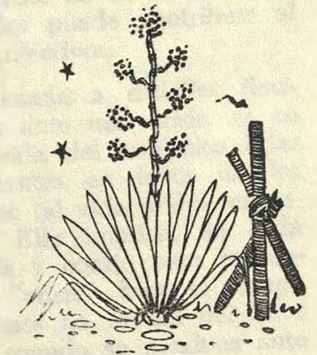


Conclusión

El federalismo norteamericano, al perder sus bases teóricas en la Guerra de Secesión encontró en la realidad política de los Estados Unidos nuevos puntos de apoyo que aseguraron su subsistencia. Ante la falta de colectividades políticas sólidamente organizadas a escala nacional, el campo estadual se presentó propicio para el desarrollo de la actividad política. Incluso hoy en Estados Unidos no existen auténticos partidos, sino grupos de personas precariamente unidos con motivo del juego electoral. Los obstáculos adquirieron, pues, por virtud de circunstancias políticas la importancia que perdieron a raíz de la Guerra civil. Los dos niveles de autoridad continúan operando y sus relaciones son continuamente supervigiladas por la Corte Suprema y los Jueces, lo que garantiza una solución imparcial para los problemas surgidos entre los estados y el Gobierno.

El federalismo, en suma, continúa dando a los Estados Unidos su nota típica de organización política. Aunque dejó de ser un sistema ideológico desde hace mucho tiempo, ha perdurado como resultado de la compleja realidad política norteamericana. Este cambio de causas con conservación de efecto se nos antoja provocado por el carácter **consuetudinario** del Derecho norteamericano. Solamente esta peculiaridad pudo lograr que el federalismo subsistiera después de agotar sus fundamentos teóricos, basado en las necesidades prácticas del complejo sistema político de los Estados Unidos.



Problemas
de Actualidad

Las "Seis Crisis" de Richard M. Nixon

Por CARLOS ECHEVERRI HERRERA

Durante la dorada juventud del fascismo se profesó por sus adherentes y simpatizantes la consigna de "vivir peligrosamente". Este tipo de vida debía cumplirse en busca de un todopoderoso régimen de policía, presentando a los muchachos italianos, por Mussolini, bajo la consigna de "nada contra el Estado, nada por fuera del Estado, todo dentro del Estado". Como es sabido, aquel principio, que Hitler incorporó de manera agresiva dentro de los objetivos del III Reich, desató la guerra y engendró su propia derrota.

Para quien profese la Democracia, "vivir peligrosamente", no es hacerlo al modo castrense ni en plan de destruir la libertad de hombres y pueblos. La beligerancia consiste en su caso, en actos de superación individual con los cuales puede contribuir al mismo tiempo, a la libertad y progreso colectivos.

La superación individual está encadenada a difíciles decisiones. Podría afirmarse que cada decisión ante una crisis, es en sí misma crítica. En una democracia la vida del auténtico líder es tensión, vigilia y determinación constantes en favor de los ideales en que aquella se cifra. Según Nixon tal vida podría entenderse como una ondulación de "crisis". Ello implica, en cada caso, serenidad para examinarla, prudencia y coraje para enfrentarla y otra vez serenidad al cabo de la "crisis", bien se resuelva el triunfo o en derrota. Estas condiciones no brotan del líder cuando piensa en términos egoístas, sino cuando se conduce ante las crisis con altruismo, es decir, en función de las tesis a través de las cuales cree servir mejor a la comunidad. Por lo demás sólo quien actúa altruistamente, es capaz de ser líder.

En los términos anteriores podría resumirse la inspiración de libro-documento "Seis Crisis" de Richard M. Nixon, correspondientes a otros tantos relatos sobre las situaciones más difíciles de su vida pública, cuya versión al español data de 1967.

El caso Hiss, el discurso sobre "El Fondo Nixon" (campana presidencial 1952) su actuación durante la temporaria dejación

del poder que hizo Eisenhower con ocasión de su ataque cardíaco de 1955, el enfrentamiento con Kruschév en Moscú, a propósito de la feria exposición que el Vicepresidente norteamericano inauguró en julio de 1959, su desempeño ante la "turbamulta" tanto en Lima como en Caracas en el año anterior, y finalmente la álgida competencia electoral por la Presidencia de la República, frente a John F. Kennedy, en 1960, son las situaciones correspondientes a las "Seis Crisis" que Nixon describe con bastante agudeza y al parecer, con toda objetividad.

En aquellas seis crisis personales de Nixon se hace presente su inagotable capacidad de combatiente, frío, decidido y tenaz.

Pero además, el "altruismo" que lo inspira, o sea el afecto arraigado por la libertad y el ardiente deseo de mantener el liderazgo de E.E. U.U. frente a todo tipo de competición comunista contra la Democracia. Estos son los soportes de su coraje y su prudencia, el punto de ignición de su espíritu, la llama mística de su vida a la que por tantos aspectos podría aplicarse la frase arengatoria de Churchill, de cómo ir "de derrota en derrota hasta la victoria final".

La agilidad e impavidez de Alger Hiss —alto funcionario del Departamento de Estado, miembro de la Comitiva de Roosevelt en Yalta, Directivo de la Fundación Carnegie, por ingenuo patrocinio de Foster Dulles— para negar de plano las acusaciones de Chambers, quien lo denunciaba de ser miembro del partido comunista y como tal haber facilitado al enemigo documentos secretos del Gobierno de la Unión, no pudieron ante la acuciante pericia investigativa de Nixon. Bastóle a éste descubrir que Hiss en una parte de su testimonio afirmaba no haber conocido a persona alguna de nombre Witteraker Chambers y en otra no haber conocido a quien se le describía como su acusador, para establecer como mediaba una sutil pero evidente diferencia entre las dos actitudes del acusado. Efectivamente, negar el conocimiento de una persona no es lo mismo que olvidar su nombre. Tal fue el orificio descubierto por Nixon en la declaración de Hiss ante el Comité del Congreso sobre actividades antiamericanas en agosto de 1948. Por él se introdujo incisivamente hasta demoler la brillante autodefensa del inteligentísimo abogado de Harvard en la primera audiencia del proceso, a cuyo efecto Nixon utilizó una estrategia maestra en los interrogatorios subsiguientes. Convicto resultó Hiss y rescatado de la sombra el comité del Congreso, al cual la prensa y el propio presidente Truman asignaban desde sus comienzos, parcialidad e inepticia.

En 1952, postulado a la Presidencia al lado del nombre de Eisenhower para Presidente, y al inicio de la campaña, numerosos periódicos y prestantes figuras tanto Demócratas como de su propio partido Republicano, exigíanle la renuncia a la postulación,

desarrollando con inquina una campaña de escándalo por la constitución del fondo de U.S.\$ 18.000.00, que sus seguidores de California habían integrado libremente, para atender a sus gastos estrictamente políticos. Nixon pronunció entonces un discurso de impacto extraordinario, no sólo por haber demostrado la legitimidad de aquel fondo y el correcto manejo que Bensa Smith hacía de él, comisionado por los aportantes, sino por valerse de la ocasión para exponer su ínfima situación patrimonial —derivada especialmente de su decisión de no acogerse a la posibilidad legal de ejercer su profesión de abogado mientras actuaba en el Congreso—, y, lo más importante, descubrir ante la opinión "el fondo Stevenson", hasta entonces secreto, el cual tampoco era ilícito en sí mismo, pero que a diferencia del anterior, venía manejado personalmente por el propio candidato demócrata.

Este discurso —precedido de arduas tensiones— ganó para Nixon un copioso plebiscito republicano y la entera adhesión de Eisenhower.

Cuando enfermó gravemente el Presidente, durante varios meses, a mediados de su primer mandato, y a Nixon por su investidura correspondía un alto grado de responsabilidad en el Gobierno de la Unión, así como la función de presidir el Gabinete, el joven Vicepresidente demostró increíble equilibrio y en ningún momento incurrió en la palpable tentación de "hacer de Presidente", ni de preferir a ninguno de los integrantes del Staff gubernamental ni de las tendencias que representaban, a fin de mantener su ambiente libre de inhibiciones o recelos.

Al regresar el Presidente a la Casa Blanca, encontró los mismos funcionarios, igual ritmo de trabajo, idéntica política internacional y doméstica, o sea, intacto el cuadro que había dejado el día de su forzosa y prolongada hospitalización.

Dos de las misiones en el Exterior, confiadas al Vicepresidente Nixon por los años 58 y 59, resultaron tremendamente abruptas. La primera adquirió inesperadamente aquel carácter. La segunda puede afirmarse que lo revestía de antemano. La una fue la visita a los países Suramericanos, con innobles sorpresas en Lima y en Caracas. La última fue su viaje a Moscú en 1959.

El relato de Nixon sobre los hechos de Caracas es de escalofriante dramatismo, pero al parecer, ceñido escuetamente a los hechos.

La muchedumbre comunista aullaba contra el Vicepresidente y su esposa, desde el momento en que descendieron del avión. En el muelle del aeropuerto y mientras trataban de escuchar serenamente el himno del país visitado, fueron abucheados y el traje rojo de Pat Byrn manchado por la saliva de la plebe.

El vehículo blindado que debía conducirlos a la ciudad, fue continuamente interferido y sus puertas y vidrios golpeados con garrotes y varillas de hierro.

La policía venezolana trató con especial desgano el motín, de suerte que éste pudo adueñarse de la ciudad, hasta el punto que el automóvil que conducía a los huéspedes del Gobierno de Larrazabal tuvo que desviar el itinerario de antemano previsto y acceder subrepticamente a la sede de la Embajada Norteamericana, en donde aquellos decidieron pernoctar, rehusando hacerlo en el Club Militar, a donde los invitaba el Gobierno local.

La coalición de los partidos que gobernaba a Venezuela, al caer el Dictador Pérez Jiménez, incluía el comunismo. Por lo demás, el propio Almirante Larrazabal —cabeza del Gobierno provisional— abrigaba ilusiones de ser electo en forma definitiva en los comicios con que el país debería iniciar “nueva vida” dentro de la Democracia. Ello explicaba, según conocedores de la situación política del momento, la indolencia de la policía frente a aquel agresivo desbordamiento popular.

Ante esta aguda crisis personal —que implicó conocidas reacciones del pentágono, no solicitadas por el Vicepresidente, según lo afirma— los esposos Nixon se comportaron con dignidad y mesura. Un concepto de Kipling según el cual, ejercer un liderazgo implica mantener el sentido común mientras lo pierden los demás, pareció asistir al Vicepresidente y a su esposa, durante la tensa crisis de Caracas.

Tanto que al dejar la ciudad, ya reforzada militarmente hasta el extremo límite, Nixon experimentaba el mismo desagrado del día de su arribo, pues en éste la libertad se había sobrepuesto al orden, tan agresivamente, como el orden se sobreponía a la libertad, al momento de emprender el regreso a su país. En verdad, toda forma de asimetría moral, es evidentemente repugnante.

Como se ha dicho, era previsible la agresividad de Kruschev frente a Nixon en Moscú pese a la calidad de huésped que éste ostentaba en su gira por la U.R.S.S., en agosto de 1959.

Kruschev llevó a la escena internacional un idioma compulsivo y amenazante, un estilo iracundo que lo hizo efectivamente célebre a través de los omnímodos poderes de amo del mundo comunista.

En esta ocasión, Kruschev alardeó ante su visitante del poderío militar de la Unión Soviética, luego de jugar al consabido papel de agresor contra el imperialismo americano. Nixon le hizo ver la superioridad del nivel de vida de su país y sobre todo el ambiente de libertad que allí se respira, como el mayor galardón de los Estados Unidos.

Superados los fingidos accesos de cólera de Kruschev, en un momento en que debieron regresar a la audiencia de circunstancias a la exposición industrial norteamericana que sirvió de oportunidad a aquel difícil diálogo, alguien propuso un brindis por Kruschev, con votos porque viviera cien años. El líder soviético exclamó dirigiéndose a Nixon: “Cuando haya cumplido los noventa y nueve proseguiremos discutiendo estos asuntos. Por qué hemos de precipitarnos?”

A lo cual el Vicepresidente respondió: “Pretende insinuar que a los noventa y nueve años seguirá todavía en el poder, sin elecciones libres?”

La campaña presidencial de 1960, es la “crisis” tratada con mayor extensión en el libro de Nixon. Su contendor, John F. Kennedy, ofrecía contrastes muy vivos con el candidato republicano: 1.- gran juventud y relevante prestancia física; 2.- posesión de inmensos medios de fortuna; 3.- religión católica.

Aun cuando su juventud colocaba a Kennedy al alcance de la impugnación por inexperiencia y su riqueza podría hacerle objeto de ataques como “privilegiado”, el factor religión no contaba como ángulo de ataque por parte de Nixon, pues éste, cuáquero convencido, tenía por norma ética respetar el credo religioso de los demás y por propósito no mezclar este tipo de asuntos en la querrela política, tanto más cuando que intentarlo podría afectar la unidad nacional. Ello no fue óbice, sin embargo, para que los partidarios de Kennedy afirmaran lo contrario e hicieran de su candidato una especie de perseguido por su fe católica, practicando lo que podría llamarse un “confesionalismo a la inversa”.

De otro lado, el factor riqueza y ciertas prácticas de discriminación racial en los negocios de la familia Kennedy, sugeridos por algunos de sus consejeros, no fueron tomados en cuenta por Nixon, pues los desestimaba, al parecer por carencia de altura.

En cuanto a la inexperiencia del candidato demócrata —en contraste con quien llevaba ocho años en el ejercicio de la vicepresidencia—, muchos de los seguidores de Nixon le criticaron fuertemente después de los comicios por no haber esgrimido este argumento con suficiente vehemencia y algunos localizaron allí la causa de su derrota.

Sin embargo la armadura de la campaña del vicepresidente se sustentó casualmente en poner de presente la inmadurez de Kennedy que lo llevaba a proponer al país arreglos económicos de exagerado tipo estatal en oposición a las tradiciones estadinenses de “economía de mercado”. De contera, según Nixon, el incremento de la economía pública, que por diferentes medios, propugnaba el candidato del partido demócrata, significaría una ma-

por tasa de inflación para el país. Y no era razonable que Kennedy propusiera un incremento en el gasto federal de U.S.\$ 15.000 millones al tiempo que afirmaba que no habría alza de precios, ni impuestos nuevos, ni desequilibrio financiero.

De suerte que Nixon sí criticaba a Kennedy y en cuanto hace a los aspectos económicos de su programa, los estimaba como extravíos propios de su inexperiencia. Solo que desde el punto de vista personal no fueron tan abruptas sus alusiones al bizarro "Jack", a quien Eisenhower, en cambio, tildaba directamente de "aprendiz". Algo muy adecuado si dijo Nixon sobre el programa económico de su oponente, pues afirmó que Kennedy era una especie de flautista de Hameling que decía: "dadme vuestro dinero y yo solucionaré todos vuestros problemas".

Desde luego la mayor tensión en la polémica por la presidencia se concentró en el tema de la política internacional. Kennedy tuvo varias contradicciones por este aspecto: "Unas veces quería disculparse y otras no por el incidente del "U-2" (el vuelo de inspección a través del cielo soviético en la primavera de 1960); unas veces increpaba a la administración Eisenhower por no intervenir militarmente en Cuba (pese a estar enterado por el Presidente, desde cuando fue investido candidato, de cuanto venía haciendo secretamente el Gobierno por adiestrar una fuerza expedicionaria de cubanos rebeldes contra la isla), mientras en otras ocasiones se desmentía afirmando que solo propugnaba porque E.E. U.U. ejerciera una mayor "influencia moral" en contra de Castro; en ciertos momentos afirmaba que no valía la pena defender a Quemoy y Matsu de las embestidas de la China Roja y en otros, frente a reacciones adversas de la opinión, aseveraba lo contrario".

Estas contradicciones fueron puestas de manifiesto reiteradamente por Nixon. Pero aún más por el Presidente Eisenhower que en famoso discurso en Cleveland describía a Kennedy como un "joven genio" que cree saber más sobre defensa y armamentos que "todos los Jefes conjuntos del Estado Mayor y que aquellos hombres militares y civiles que perdieron en ello sus vidas".

Claro está que Kennedy tuvo momentos de indecible elocuencia durante la campaña. Invocaba a la juventud, proclamaba las "nuevas fronteras" y abogaba por la asistencia económica a las naciones atrasadas, especialmente a la región Latinoamericana.

Por no poner su acento en estos ideales, Nixon fue tratado de rutinario, así como su posición defensiva de la iniciativa privada en el campo económico, le mereció muchas veces el calificativo de "reaccionario".

Por lo demás, era evidente que Kennedy gozaba de una imaginación creciente, casi a nivel poético y de una rica fuerza de expresión que lo colocaba en ventaja frente a Nixon, si la campaña se juzgara exclusivamente por el acopio emocional que ofrecían los rivales.

La opción en aquella campaña era entre dos hombres que profesaban por igual la democracia, pero que diferían sobre todo en su temperamento, romántico y heroico el de Kennedy, realista e inocultablemente pragmático el de Nixon.

Desde luego no todo era "prosa" en los discursos y actitudes de Nixon. Alguna vez acudió a una cita de Abraham Lincoln, capaz de inflamar tremendamente a sus partidarios. "No me importa saber si Dios está a nuestro lado. Lo que me preocupa saber es si nosotros estamos al lado de Dios".

Pero no fueron las ardientes calidades de Kennedy, ni su invocación de las "nuevas fronteras", las razones por las cuales logró su ínfima mayoría de votos populares (110.000 sobre un conjunto muy superior entonces a 60.000.000).

La razón verdadera consistió en una circunstancia que Nixon había calibrado con entero buen juicio desde el principio de la campaña. Kennedy actuaba desde la oposición sin ninguna de las inhibiciones de quien, como Vicepresidente, estaba forzado a abogar por el Gobierno de que hacía parte. Aquel llevaba la natural ventaja de la ofensiva, mientras Nixon actuaba a la defensiva.

Hubo otras circunstancias adyacentes:

Por ejemplo, la de que la población negra se decidió por Kennedy, pese a que el Vicepresidente lejos de ser segregacionista había defendido en el Congreso, la Ley de Derechos Civiles. La propaganda de Kennedy logró, empero, más efecto sobre las masas de color.

Otra —de mucha validez— la había pronosticado a Nixon el conocido economista (especialista en ciclos económicos) Arthur E. Burns, al expresarle a comienzos de 1960, "su gran pesar por la forma en que entonces se estaba llevando la política económica". El acero en particular se hallaba en una situación difícil. A partir de la huelga (que Nixon precisamente había ayudado a conjurar, meses atrás, mediante decisiva intervención en un arreglo favorable a las peticiones obreras), habían disminuído los pedidos. La producción apenas excedía del volumen estipulado. Burns había llegado a la conclusión de que "al menos de que se iniciara una acción gubernamental decisiva, iríamos en línea recta hacia otra depresión económica que alcanzaría su momento más bajo en octubre y precisamente en el momento de las elecciones". Nixon, para mala fortuna, no tuvo eco en la Casa Blanca, cuando

para develar el peligro deflacionario, propuso la liberación de los créditos y un discreto incremento del gasto público. Siendo así, las predicciones de Burns se hicieron realidad y fue fácil para Kennedy y sus asesores, Galbreith entre otros, entonar respuestas al conservadurismo financiero de la Administración Eisenhower e himnos augurales a la "sociedad opulenta".

Se hace este resumen de las "Seis Crisis" de Richard M. Nixon, en el momento en que se apresta a tomar posesión de la Presidencia de su país, después de una elección reñidísima, si bien frente a un adversario menor, sobre todo en parangón con la grandeza propia del "mártir de Dallas".

Sería ilusorio de nuestra parte, ensayar pronósticos de lo que será el Gobierno de Nixon. El Presidente electo —que como se sabe no cuenta con mayoría republicana en el Congreso— está ante problemas nacionales e internacionales bien conocidos y complejos: la porfía del comunismo por derrotar la libertad en varias partes del mundo; las intrincadas conversaciones de París sobre el conflicto del Vietnam; la crisis de inflación y déficit de balanza en E.E. U.U., que amenazan rudamente el porvenir del dólar; la violencia y el crimen reinante en varias zonas de la Unión y que en los últimos meses han segado las cabezas de King y Robert Kennedy; el retardado existencialismo que señorea ahora en muchos sectores de la juventud estadounidense, cada vez más sustraídos a la realidad y profesionales del vicio; el problema racial, que pese a los nuevos textos legales, gravita aún con violencia, sobre la vida de la Nación; y por último, pero en esencia un problema principal, la aguda pobreza latinoamericana que políticamente tiende a volverse cada vez más contra E.E. U.U.

Se reitera que mal podríamos, por infinidad de factores limitantes, ocuparnos de vaticinar sobre el comportamiento de Nixon en frente a tales problemas y a los numerosos asuntos conexos, máxime cuando el ánimo central de este escrito ha constituido en presentar su libro "Seis Crisis".

Solo agregaríamos que nos consuela saber su punto de vista sobre Latinoamérica, en el sentido de que se le alentará más por el lado de un mejor y más estimulante trato para su comercio exterior y una ayuda Norteamericana sustancial para los planes educativos de esta región del Hemisferio, que por la vía del endeudamiento sucesivo en que nuestros países vienen incurriendo, casi siempre para peor pobreza de sus economías. Parece que Nixon recabará mayor esfuerzo doméstico de Latinoamérica, ofreciéndole en cambio fuertes posibilidades de educación y progreso técnico, en lo cual parece acertado, pues sin estos factores es absolutamente ingenuo hablar de "Desarrollo". Por otra parte, este enfoque distinto al problema Latinoamericano, puede contribuir

a rescatar a nuestros países, de la categoría de "área mendicante" en que hoy parecen acomodarse muchos de ellos, con no disimulada indolencia.

Desde mucho tiempo estamos liberados de prejuzgar a unos hombres como "buenos" y a otros como "malos". Creemos que esta tendencia inmadura —por cierto muy difundida en nuestra América Latina— ha hecho disfavor dentro de nuestras masas al señor Nixon, apriorísticamente catalogado entre los "malos". No hay que olvidar empero, que otros —entre los "buenos"— invadieron a Santo Domingo y que dos décadas atrás, otros —también muy "buenos"— pusieron gratuitamente a merced de Stalin, algo así, como una tercera parte del mundo.

Más sensato sería no tomar a Nixon desde ahora, ni como "bueno" ni como "malo". Confiar en que su reciedumbre moral y su madurez, lo sacarán avante a través de las incontables "crisis" que le esperan como Presidente. Y en que aun equivocándose —como seguramente lo hará no pocas veces— se esforzará por mantener la libertad y evitar la guerra.

En algún modo debe esperarse que resulten ciertas aquellas palabras de Jefferson en las cuales Nixon se escudaba durante su primera campaña presidencial: "No actuamos para nosotros mismos; sino para toda la raza humana".

* * *

Crónica
Rosarista